

Limbo.

Cuando fallecí, como todos los que han fallecido cuentan, tomé el túnel largo, en cuyo término se veía una brillante Luz que envolvió mi ser entero.

Caminé, mirando con gratitud y sorpresa, cómo las figuras de las personas amadas en vida, y que se habían marchado antes que yo, se dibujaban en la lejanía, y movían sus brazos y manos en señal de cariño, porque aguardaban por mí pacientemente, sintiéndose regocijadas porque –después de tanto– podríamos al fin abrazarnos y permanecer unidos.

Mi corazón se conmovió en sobremanera. Las lágrimas se dibujaron en mis ojos, a la expectativa de ver a mis seres amados fallecidos, tocarlos, abrazarlos, y decirles cuánto los había extrañado desde su partida.

Al inicio, cuando se fueron, un sentimiento de Tristeza y Amargura me había dominado y consumido. Cada vez que alguien de ellos partió, me pregunté por qué, cuestioné a mi dios y a los otros dioses que conocía de oídas, por su desinterés y por permitir semejantes injusticias.

Mis seres amados fallecidos eran personas valiosas, decididas, que entregaron Amor y Dedicación a quienes les rodearon en Vida. Y me enseñaron a grabar en el corazón, los valores más gratos y elevados que podría llevar la Humanidad, si se lo propusiera.

Caminé, con las lágrimas escurriendo por las mejillas abiertamente, deseoso de verlos, contento porque podríamos finalmente hablar, y reunir todos los recuerdos y las palabras en un solo momento, después de tanto dolor, sufrimiento y espera.

Había tanto por contarles, tanto por decir, pero sabía que quizá un solo abrazo sería más que suficiente para expresar absolutamente todo lo que mi espíritu deseaba comunicarles.

A veces, un toque, una palmada, o un abrazo, puede decir más que las palabras acumuladas de años y años de larga espera. Estando ahí, a través de ese túnel largo con final feliz, el Tiempo parecía no existir, y se sentía como si fuera ayer cuando la Muerte separó nuestras líneas de Vida, llevándonos a lugares distintos, y distantes.

La sensación de caminar, y sentir esa llama inmensa de Amor y Agradecimiento que aguardaba al final del camino, era indescriptible. No pensé en ningún momento mirar atrás, porque sabía lo que encontraría en esa visión: mi cuerpo, inerte y vacío, rodeado de quienes se quedaban en un plano de existencia que yo abandonaba.

Y entonces, en seco, me detuve.

Miré con atención las figuras, ya claras y perfectas, de los seres amados que esperaban impacientes, mi llegada.

Todos ellos me miraban, felices, alzando y extendiendo sus brazos para recibirme, con tanta emoción, que mi corazón no podía esperar por volvernos uno, en medio de esa Luz brillante y hermosa.

—¿Estás seguro de querer aplazar este momento? — me sorprendió la voz de aquel ser — Ellos llevan un largo rato aguardando por verte.

—Será la única oportunidad que tendré de viajar allá, ¿no es así? — dije con un hilo de voz. Mis seres amados me observaban, con tanto Amor en sus miradas, claras y brillantes.

—La gran mayoría de los que cruzan el puente, y no desean regresar a la Tierra, van directamente a verlos — me explicó el ser. Volteé para mirarle. Lucía como una persona normal, un tanto delgada y un poco desaliñada, con un pantalón y una camisa, blancos. Descalzo. Pero sabía que no era un ser humano. Era un ángel.

Cuando se percató que lo miraba, se sorprendió.

—Tu requerimiento antes de morir fue sorprendente – dijo con una leve sonrisa. Sus ojos verdes eran claros y hermosos, y su sonrisa, aunque dibujada a medias, era de una belleza exquisita – Soy el encargado de esta parte del camino, pero, para serte sincero, casi nadie me ha solicitado guía para transitarlo... Perdona por la falta de presentación, no aguardaba que alguien me solicitara asesoría.

Sonreí en señal de disculpa.

—Sígueme, por aquí, por favor – invitó. Miré de reojo el término del túnel, y me desvié a la derecha, hacia una abertura en las sombras que no habría visto de no ser porque el ángel estuviera parado ahí, aguardando por mí. Comprendí que no estaba muy emocionado, porque posiblemente ni siquiera lo viera en las sombras, pero mi curiosidad era más grande, mucho más grande de lo que alguien pudiera imaginar. Lo seguí, lentamente – Me da gusto tu presencia. Bienvenido – Reconocí que su discurso no estaba preparado, quizá porque jamás había recibido a alguien, es decir, los pocos que solicitaban aquello se arrepentían y corrían a encontrarse en la Luz con sus seres amados, y tal vez yo era su primera asignación oficial y real.

En verdad escuché la sinceridad en sus palabras.

La Luz al final de ese tramo del túnel no era para nada tan brillante como el término de la vereda principal, pero me sentía tranquilo, bien acompañado, y sin una pizca de temor o duda. Aquel ángel en verdad desempeñaba su trabajo magníficamente. —¿Cuál es tu nombre? – pregunté mientras llegábamos a la orilla de un río, de aguas cristalinas, techado por una bóveda celeste negra e infinita, repleta de un cúmulo eterno de millones de millones de estrellas.

El ángel titubeó. Nadie antes le había preguntado su nombre. Eso lo conmovió.

—Puedes llamarme Oswaldo, veo que ese nombre tiene un significado importante en tu vida.

—Ése era el segundo nombre de mi hermano, Daniel – sonreí, sin evitar sentir que mi corazón latía con un poco más de fuerza por el recuerdo – Gracias. Es muy significativo para mí.

Oswaldo sonrió, contento.

—Pronto podrás verlo, espera por ti. Siempre habla de lo maravilloso que eres.

Esas palabras me desarmaron por completo.

El resto del camino andamos en silencio.

Encontramos una balsa a la orilla del río, y subimos a ella con sumo cuidado. Oswaldo me explicó que navegaríamos por una parte del Universo que pocos conocían.

Acceder a esa parte no era sencillo, y conforme nos acercáramos, mi espíritu humano confrontaría sentimientos y recuerdos no tan gratos, lo que me haría entrar en conflicto conmigo mismo.

La balsa despegó entonces de las aguas de aquel río, y flotó, como si de repente voláramos suavemente, llevados por una brisa delicada inexistente, en medio de unas nubes eternas, infinitas.

—¿Por qué decidiste ser guía en esta parte del camino? – no pude evitar romper el Silencio que yo mismo había generado minutos antes – Es un camino solitario, y ahora sé que nadie lo había transitado antes.

—Nadie deseaba ser ángel guía en este recorrido – comenzó a explicar Oswaldo – La gente piensa que el Cielo sólo está hecho de sentimientos de Alegría y Prosperidad. Pero no es así.

Lo miré, mientras avanzábamos por entre las estrellas, las galaxias y otros elementos astronómicos que no podía identificar en ese momento. El ambiente era cada vez más solitario, y frío (aunque mi cuerpo, o mi piel, más bien, no experimentaban frío como lo conocía en la Tierra).



—Los otros sentimientos humanos también deben estar presentes en el Cielo — explicó pacientemente el ángel navegante — Y adquieren forma, al igual que todo lo demás.

—`El Limbo´.

—Así es.

Silencio.

—¿Por qué deseas visitarlo? — se atrevió a cuestionar Oswaldo. Estaba seguro que ya conocía mis razones, o podía leerlas en mi alma, como todo lo demás. Imagino que fue una especie de cortesía, un gesto de respeto, no indagar más allá de mí, sino preguntarlo.

Suspiré.

—Tengo una teoría — dije — Verás, cuando mi hermano, y las personas que más amaba se fueron, cada una en un tiempo diferente, experimenté en cada caso un dolor infinito, una tristeza inmensa, que pensé que terminaría asesinándome. Una parte de mí, deseaba en verdad morir, cuando cada uno fallecía. Oswaldo me escuchaba, con atención. La balsa de madera continuaba su avance.

Ahora entrábamos en una neblina, o algo similar a ella, y todo se oscurecía lentamente. Mi corazón empezó a latir con más fuerza, experimentando algo similar a la Incertidumbre, y luego, Temor.

—Siempre creí que esos sentimientos debían acumularse en un sitio — me concentré en mantener la conversación con Oswaldo, para sobrellevar aquellas emociones oscuras que me invadían. El ángel no se precipitó en preguntarme si estaba bien, porque (como el ángel respetuoso que había demostrado ser) no deseaba resaltar lo evidente, y herirme con ello — Mi corazón no era lo suficientemente grande para contenerlos. Y siempre que la sensación de Dolor e Ira pasaban — hice una larga pausa, en la que el ángel me miró y dibujó su hermosa sonrisa en señal de apoyo —, pedía a Dios que se llevara esos sentimientos lejos de mí...

Silencio, de nuevo. Las últimas palabras habían sido pronunciadas con una voz entrecortada por el llanto.

—Así fue, siempre – se limitó a comentar Oswaldo.

Me limpié las lágrimas de mis ojos, y entonces la Oscuridad se fue difuminando paulatinamente, permitiéndome ver más allá del bote.

Lo que vi me sorprendió en sobremanera.

—Todos los sentimientos humanos que ustedes consideran oscuros, vienen a este lugar – me explicó Oswaldo – Le has llamado Limbo, Vacío... Un sitio donde reina el Silencio y la Desolación.

Lo miré, absorto.

Una majestuosa nube densa, oscura. Una masa de materia negra infinita, similar a la Nada, si es que alguien en sí puede imaginarla, y peor aún, describirla. Todo se sentía, y lucía olvidado, triste, gris...

—Así que todo eso viene a parar aquí... – suspiré – Es... increíble. —¿El Cielo no es el Paraíso que imaginabas? – exclamó Oswaldo, al ver la sorpresa dibujada completamente en mi ser. Me había levantado de mi asiento, para contemplar aquella imagen surrealista, y bella, a su peculiar manera.

No supe que responder a eso.

—La Humanidad representa los dos lados – dijo Oswaldo, sereno, mientras miraba aquella escena, a mi costado. El brillo de sus ojos verdes era aún más hermoso en contraste a esa oscuridad y desolación – Por eso elegí ser el guía de esta parte del Cielo, del Universo. Porque siempre creí que la Belleza y Pureza del Cosmos, involucraba los dos hemisferios, los dos lados de la moneda. Tener la oportunidad de conocerlos, contemplarlos y comprenderlos...

—Es la oportunidad más hermosa que jamás alguien pueda tener...

—Así es...

Silencio.

—Verás – interrumpió el ángel – El Cosmos está conformado de ambas partes. La Luz, y la Oscuridad. Dios, el Universo, como quieras llamarle, es la Unidad donde se integran ambos conceptos. Sin uno no existe el otro. Esta parte del Universo, este cúmulo de sentimientos y emociones reprimidas, acumuladas y desechadas en el Limbo, son indispensables para que exista el lugar en el que te aguardan tus seres queridos al morir.

—No lo comprendo.

—A lo largo de su Vida, los seres humanos acumulan sentimientos, pensamientos y actitudes contrarias al Bienestar, que afectan su Salud, y su existencia en la Tierra. Lo que ellos no saben – continuó explicándome el ángel mientras nos acercábamos peligrosamente al Limbo, mi corazón latía con fuerza, y mi espíritu experimentaba inquietud y nerviosismo extremos –, es que estos pensamientos y sentimientos que despiertan enfermedades, accidentes y conflictos, son parte de una brújula universal, donde la Luz y la Oscuridad son los ejes. Con los pensamientos y sentimientos desequilibrados, la vida de cada ser humano se hunde en situaciones problemáticas, con el único objetivo de servirle de indicador, de camino `obligado´ hacia la búsqueda y el reencuentro con la Luz. Una vez que los seres humanos trascienden sus conflictos, las emociones y pensamientos desequilibrados se acumulan en este sitio, que sirve de evidencia para comprobar que todo conflicto materializado tiene su respectivo elemento luminoso. Es similar a la Tierra. Polo Norte y Polo Sur sirven de eje para el movimiento de rotación, donde la noche siempre se transforma en día.

—Ya entiendo – reflexioné – Estas emociones, que conforman un enorme Vacío, una Nada imaginaria, en realidad lo es `Todo´.

—Toda Tristeza es la base de la Alegría – expresó Oswaldo – Quien no experimenta la Tristeza, no podrá jamás valorar la naturaleza y probar el sabor nítido y exquisito de la Alegría.

—Quien no muere, jamás podrá comprender la Vida.

—Así es – sonrió el ángel navegante.

Nos acercamos más y más al Limbo, desde cuyo centro se escuchaba un sonido continuo, siniestro, de succión. Como si todo fuera tragado al centro de ese monstruo no viviente, conjunto de materia negra y densa. Cerré los ojos, sintiendo como el Miedo me invadía lentamente. Un temor indescriptible a convertirme en nada, a desaparecer, devorado por esos sentimientos de dolor, vacío y desolación.

Oswaldo me tomó entonces por el hombro izquierdo. Abrí los ojos, para encontrarme con esa mirada verde brillante, que me observaba atentamente, y esa sonrisa, que, sin expresar palabra o sonido algunos, me hizo experimentar Seguridad, Tranquilidad y Confianza.

—¿A qué le temes? – fueron sus palabras tras dos instantes de silencio – Dime, ¿a qué le tienes tanto miedo?

Me topé con sus hermosos ojos, y agaché la mirada, avergonzado.

No dijo nada. Aguardó, paciente, sin presionarme, sin obligarme a hablar. Si él podía leer lo que sentía o lo que yo pensaba, guardó silencio respetuosamente, y me dejó tomarme mi tiempo, el necesario, el que yo requiriera para...

—¿Y si él no quiere verme...? – hablé al fin – ¿Si no merezco hablar con mi hermano por todo lo que le hice en vida? No lo culparía si él no desea entablar contacto conmigo. Fui una mala persona con él... Yo, no merezco el perdón de Daniel.

—¿Por esa razón deseabas saber lo que sucedía con los sentimientos y pensamientos oscuros que experimentaste en tu vida?

Asentí.

—Quería saber si todo lo que le hice a Daniel, por no ser el hermano que él merecía, hacían daño a alguien, lastimaban al Universo, y a las personas, de alguna manera.

—Querías saber si eras responsable de la existencia del Limbo.

Silencio.

En ese momento, una oscuridad gruesa, total, nos cubrió por completo. Sentí que mi cuerpo se estremecía y mi corazón detenía sus latidos. Contuve la respiración instintivamente, al experimentar el corazón de ese cúmulo de Oscuridad y Devastación emocional que el Limbo representaba.

Una mano tocó mi hombro derecho.

La balsa se había detenido, y todo mi ser temblaba.

Me sentía tan culpable, y vacío.

—Pensé que nunca llegarías.

No era la voz del ángel navegante.

Mi corazón dio un vuelco, que casi me tira de la balsa.

—¿Ángel? ¿Oswaldo? – pregunté con un hilo de voz.

—Aquí estoy – respondió Oswaldo – Sí, hay alguien aguardando por ti.

Abrí los ojos, lenta, tan lentamente, que la figura que se encontraba delante de mí tardó una eternidad en dibujarse clara ante mi pupila.

Ahugué un gemido.

—Hola, hermano.

Lo abracé, instintiva y fuertemente, como si todo, absolutamente todo en el Universo, tuviera sentido de repente. Lloré, como nunca antes lo había hecho.

Y besé su mejilla.

—Perdóname... – alcancé a pronunciar, en medio del llanto.

Daniel no me respondió, se limitó a recibir mi abrazo, con toda la Paciencia y el Amor que yo no había experimentado nunca en mi existencia.

Después de un largo rato, en silencio, me separé lentamente, y lo miré a los ojos.

Verlo despertó una sensación que no pude describir, o contener.

—¿Qué haces aquí? – le dije, en cuanto pude hablar de nuevo.

—Deseabas saber qué había detrás de todo el Dolor, el Sufrimiento y la Vergüenza humana.

Asentí, otra vez.

—El Limbo – dije.

—Después del Vacío, el Dolor, la Nada, y El Limbo – habló lenta y decididamente – sólo existe Luz.

Lo miré, sin comprender de primera instancia.

—Siempre estuve contigo – me explicó, con una sonrisa – Desde que me marché de tu vida, siempre estuve a tu lado, acompañándote en cada dolor, cada mal recuerdo, cada remordimiento por haberme tratado `mal`, en tu visión humana. Desde el inicio yo elegí ser tu hermano, ser la persona que recibiera esas acciones, esos sentimientos y esas actitudes, para, al final del camino, ser quien te mostrara que tras todo ello, siempre hay una lección aprendida, al término de cada vereda de Vida, por muy oscura que ésta sea, sólo hay Luz. Y aquí estoy. Nuestro amor de hermanos, lo supera absolutamente todo, porque desde que me marché, te esforzaste por ser una persona mejor, por trabajar sobre tus errores, por ayudar a otros, por deshacer lo que habías hecho. Y me permitiste, en tu mente y corazón, ser partícipe de ello, por lo que pude acompañarte en cada pensamiento, cada sentimiento y cada acción bella que llevaste a cabo, y que, lentamente y sin que te dieras cuenta, contrarrestara todo lo malo que habías hecho.

Al final de todo ello, en tu personal balanza de existencia, tras el Limbo, hay Luz, porque toda la Oscuridad que viviste, sin que te percataras de ello, trajo Luz, guía e Inspiración a otros, y me diste la oportunidad de ser parte de todo ello, a pesar de la distancia.

Así que cuando le pediste a Dios que, al morir, te llevara al Limbo, para descubrir todo lo que tus “malas” acciones habían hecho, Oswaldo salió a tu encuentro’.

—Es una petición poco común, en verdad – explicó el ángel navegante – Pero mi corazón se llena de Gozo y Dicha cuando alguien encuentra la Luz eterna detrás de la Tormenta. Tus ganas de reencontrarte con tu hermano, fueron sobrepasadas por tu deseo de descubrir el daño que habías hecho al Universo.

—Siempre estuve aguardando por ti, mi amado hermano – dijo alegre Daniel.

—Siempre hubo luz en tu camino – explicó el ángel navegante – Sólo que jamás la viste, porque te empeñaste en vivir en Oscuridad.

—Creaste tu propio Limbo – sonrió Daniel, al término del cual, estuvo siempre tu amor por mí, por ti, por todas las personas que te rodean.

Una Luz eterna, brillante, magna, nos envolvía en ese momento, y las figuras de todas las personas amadas, fallecidas, se dibujaban paulatinamente, por todos lados. Todos sonreían, aguardaban por mí, felices y plenas. Todas ellas estaban contentas de verme, y yo a ellas.

Daniel me invitó a descender del bote. El ángel navegante, que yo había bautizado como Oswaldo, me abrazó. Sus ojos brillaron como nunca antes.

Y lloré, lloré de Alegría, por ser afortunado, por haber elegido a un hermano comprensivo, sabio, hermoso, que me acompañó a lo largo de toda una vida, en medio de la Muerte, hasta encontrar la Luz al final del túnel, hasta comprender que dentro de nosotros sólo existe Amor y Luz, pero que nosotros mismos opacamos por nuestra incapacidad de reconocer, de redescubrir lo valiente que somos y la Luz que estamos destinados a ofrecer al Mundo, no importa el sufrimiento que atravesemos. Al final, la decisión de ver con los ojos de la Verdad, radica en cada uno de nosotros, en la profundidad de cada uno de nuestros corazones.